



A CONTRAPELO

SANTIAGO  
GONZÁLEZ

## *Volver a Cordura*

El Comité Federal del sábado fue una prolongación de la noche electoral, en la que el presidente del Gobierno y secretario general declinó asumir la responsabilidad en terreno de los hechos y comparecer ante los ciudadanos. El presidente tomó el olivo y no se le debe reprochar incoherencia: era lo que correspondía después de la espantada electoral, en la que escudó en el candidato a quien había asignado la tarea de perder las elecciones. Así las cosas, tenía una cierta lógica el hecho de que el candidato mediado asumiera las tareas del secretario general esquivo y cerrara el turno de inter-

venciones en la sesión del Comité Federal que había inaugurado **Zapatero**. Debe de ser la versión laica del misterio de la transustanciación. Al fin y al cabo, los fieles, fe, toda la que les pidas, pero nunca han sabido distinguir el vino de la sangre de **Cristo**.

El diputado **Guerra** dijo algunas cosas sensatas en la Ser, curado ya de los mítines de campaña: «Todo el mundo quiere saber quién es el líder y no le preocupa a nadie el programa, cómo hacer las cosas...». Algo tengo escrito sobre el cambio que se introdujo en el congreso que eligió a Zapatero en julio de 2000: los congresos no empiezan con la aprobación del informe de la Ejecutiva saliente; ahora se elige a la dirección entrante, en la lógica del cocido maragato: atacar antes las carnes y chacinas y dejar la discusión, la sopa de letras, para el final. Nadie protestó por ello.

Es muy notable que el diputado socialista más longevo del Congreso denuncie ahora la voluntad secuestrada del partido y del colectivo nacional, poniendo como ejemplo la

modificación de la Ley del Aborto en la que «que las chicas menores de 16 años que quieran abortar lo podrán hacer sin informar a sus padres».

El problema es que no se oyó ni una sola voz en el partido para protestar por ello o señalar que sería preferible cumplir lo escrito en el programa electoral que incorporarle obligaciones nuevas. Tampoco la de Guerra, que la avaló con su voto. Ya había pasado con

---

«Zapatero ha dejado  
tras de sí tierra quemada;  
todos callaron con tanta  
aplicación como Guerra»

---

el Estatuto de Cataluña. El rezongar por lo bajini consumió todas las energías de los disidentes y, cuando llegó el momento de la verdad, al hoy huidizo **Pepe Blanco** le bastó pre-

guntar: «¿Queréis que os aplauda la bancada popular puesta en pie?», para que aquellos míticos 40 escaños votaran que sí como un solo hombre (o mujer, claro).

Se queja también Guerra de la extraña teoría de los impuestos. Bajar los impuestos es de izquierdas, dijo Zapatero. Subirlos también, señaló **Chaves** poco después. Sostuvo el candidato la necesidad de cobrar un impuesto a la banca y exigir responsabilidades a los banqueros, y esto era compatible con indultarles por sus condenas y reponerlos en los cargos para los que les inhabilitó el Supremo.

Zapatero ha dejado tras de sí tierra quemada. Los dirigentes más jóvenes y también los más antiguos, porque todos ellos callaron con tanta aplicación como Guerra. Ahora, lo que le toca es acelerar el traspaso de poderes y mientras, que cumpla con aplicación, lealtad y esmero el encargo de **Mariano Rajoy** para la cumbre del día 9. También don Quijote necesitó la paliza del Caballero de la Media Luna para volver a la razón.